

AMELIA, en la misma contemplación.

Corte y hechura más perfectos, ni en París.

DOÑA JUANA, severa.

¿Por qué miráis embobadas á esa mujer tan inferior á vosotras por todos estilos? Quitaos de la ventana. (Amelia y Casilda, obedientes como máquinas, se apartan de la ventana sin chistar.)

CEBRIÁN

No es grave mal que las mujeres buenas miren á las que no lo son, si las examinan con el intento y propósito de no parecerse á ellas. (A Casilda y Amelia no se las ocurre nada que decir. Sus entendimientos son verdaderos páramos.)

DOÑA JUANA

Voy á mandarle recado para que entre ya. No me gusta hacer esperar á nadie. (Llama por un timbre.) Por desgraciada merece esta mujer respeto. Yo llevaré mi respeto hasta la protección, siempre que ella me dé indicios de merecerla.

CEBRIÁN, chistoso y clásico.

No hay mayor desgracia que ser panal viiente, á que acuden los ojos lascivos.

DOÑA JUANA

Aprended, niñas, á despreciar la admiración de los hombres depravados. Y si alguno os llamase estatuas, no os engriáis: bajad los ojos, y disimulad vuestras gracias porque no sean estímulo de pecados. (Las señoritas apenas se

enteran. Son como imágenes vestidas á la moda mundana.) Mientras yo y don Francisco recibimos á la infeliz Casandra, daos un paseíto por el jardín. Cuando la veáis salir, volved acá. (Entra Martina; doña Juana le da órdenes.)

AMELIA

¿Y si nos encontramos con ella, podemos saludarla?

DOÑA JUANA

No más que con una discreta inclinación de cabeza. No habléis con persona que jamás ha de alternar con vosotras.

CEBRIÁN

Sed modestas, sin olvidar nunca que modestia y dignidad se compadecen en las almas delicadas.

DOÑA JUANA, sentenciosa

Debemos ser dignos... con humildad. La humildad en el corazón, la dignidad en... (No concluye, por no saber bien dónde está la dignidad.)

CEBRIÁN

Ya viene Casandra. (Salen con tiesura lenta las señoritas.)

## ESCENA V

DOÑA JUANA, CEBRIÁN.—CASANDRA

DOÑA JUANA

Pasa. ¿Por qué no entraste antes?



CASANDRA

Su criado de usted me dijo que á las cuatro. Como no tengo reloj, me anticipé... No quería entrar antes de la hora marcada.

CEBRIÁN

Anticiparse á las horas designadas es, más que falta, sobra y lujo de puntualidad.

CASANDRA

¡Estaba yo tan impaciente...! (A doña Juana.) Deseaba ver á usted para que me sacase de una incertidumbre dolorosa.

DOÑA JUANA

Siéntate. (Casandra y Cebrián se sientan.)

CASANDRA, temerosa.

Rogelio está como delirante. Le atormentan dudas, no sé qué dudas...

CEBRIÁN

Es hombre más destemplado en la superficie que en el fondo. Sus arrebatos son pura espuma.

DOÑA JUANA

En esto, no más que en esto, se parece á su padre.

CEBRIÁN

Cierto. Hilario, á las veces, se ponía como loco.

CASANDRA

¿Como loco?

DOÑA JUANA

Pero sólo cuando traía entre manos un negocio de importancia. Si el negocio era bueno, creía que se le escapaba. Hacía números sin cesar. Arrojábase de la cama para llenar de cifras el primer papel que encontraba.

CASANDRA, vivamente.

Lo mismo hace Rogelio.

DOÑA JUANA

Ni comía, ni dormía. Hablaba de los demonios, de un demonio tutelar y consejero...

CASANDRA

Lo mismo, lo mismo.

DOÑA JUANA

Pero, en cuanto realizaba el negocio, se quedaba tan tranquilo, y ya no pensaba más que en ir conmigo á misa para dar gracias á Dios.

CASANDRA

El caso es que Rogelio no se ha ocupado nunca de negocios. Desea tener dinero. Habla del oro con pasión y con donaire; pero desconoce los medios de ganarlo... Es un poeta que, por no hacer nada, no hace ni versos; es un imaginativo, un hombre de fantasía y de ternura, de infinita ternura... ¿Cómo le ha entrado ahora la fiebre de los negocios?



DOÑA JUANA

Entenderá por negocio un cambio de posición llovido del Cielo.

CASANDRA

Entiéndelo como llovido de la magnanimidad de la viuda de su padre.

DOÑA JUANA, secamente.

En ese caso, yo lo haría por cumplir un deber sagrado. No hay motivo para que se me llame magnánima.

CEBRIÁN, viendo á Casandra un tanto cohibida.

Y usted, naturalmente, desea, ambiciona el cambio de posición.

CASANDRA

Delante de todos mis ensueños va el de ser esposa legítima de Rogelio.

CEBRIÁN

Con la venia de la señora, yo pregunto á usted si sintió ese anhelo matrimonial cuando Rogelio no podía ver delante de sí más que soledad y pobreza.

DOÑA JUANA, apoyando la argumentación de Cebrián.

Ese es el punto... ese es el punto.

CASANDRA, con gravedad.

Y yo respondo que el mismo anhelo he sentido siempre. (Pausa. Cebrián y doña Juana se miran

sonriendo.) He dicho la verdad. Júzguenme como quieran, y decidan de mi suerte.

DOÑA JUANA, con solemnidad hueca, como el son de un cántaro vacío.

De tu suerte, tú sola decidirás.

CASANDRA, consternada.

¿Pero no sabré de una vez qué quieren hacer de Rogelio, de mis hijos y de mí?... Así lo digo, poniéndome la última. (Pausa. Perpleja se ve doña Juana, sin saber cómo formular la dura respuesta. Acude Cebrián con su razonar forense y sus retóricas de hablilla.)

CEBRIÁN

Yo contestaré. (Prepárase con una tosecilla.) Antes de examinar separadamente el grado de protección que con viene á cada una de las entidades que usted designa, y de fijar la relación de estos parciales actos caritativos con el conjunto armónico de caridad integral ó sintética, hemos de presentar y resolver una cuestión previa, que á la señorita Casandra particularmente se contrae. (Aquí, y en lo restante, apoya y asiente doña Juana con enérgicas cabezadas.) No es problema baladí, ciertamente, traer á la virtud y al buen gobierno á ese vendehumos de Rogelio, fruto de amores desordenados, y por ende malditos de Dios. Menos difícil será sacar de las tinieblas á esos vástagos inocentes, en cuyas almas no han alboreado las primeras luces de la verdad. Su edad tierna permite que esos delicados arbolitos humanos sean criados derechos y firmes. Pero más áspero y escabroso que estos problemas es, á mi ver, el de la ma-



dre, por las circunstancias, no insólitas, pero sí lamentables, en que la encuentra la propuesta reforma cristiana y social. (Casandra pone su atención más intensa en el discursillo, no perdiendo sílaba, y anhela sacar de él la envidia que sin duda tiene. Tose otro poquito el orador, y prosigue.) Menester es procurar, ante todo, la corrección espiritual de la señorita Casandra, pues en dicha corrección y reforma estriba su ulterior consuelo. Menester es asimismo atender á su material socorro, pero poniendo mayor solicitud y cuidado en remediar los estragos de su educación viciosa, de su larga permanencia en donde no pudo respirar más que aires insanos. (Por más esfuerzos que hace la mente de Casandra para extraer algún sentido de aquella sonata gramatical, nada consigue, y su confusión sube de punto. Cree lo contrario el letrado, y sigue.) Déjeme acabar... No es mi ánimo ofenderla... Su corazón no es malo, sin duda. En él existen los gérmenes del bien. Si estos preciosos gérmenes no han fructificado, débese sin duda á la total carencia del calor religioso.

CASANDRA, agarrándose á la última idea, única vista con claridad.

¿Qué quieren? ¿Religión? Dispuesta estoy á practicarla.

DOÑA JUANA, hueca y agría.

En tí existe el sér religioso como en toda criatura; pero está caído. Tu conciencia es como castillo abandonado y ruinoso. En las grietas de él viven las alimañas de la impiedad.

CASANDRA, impaciente, nerviosa.

Quieren restaurarme. Pues empiecen cuando gusten.

CEBRIAN

Pero no ha de pedirlo usted con formas arrogantes.

CASANDRA, con mayor viveza.

¿Pues cómo he de pedirlo?

DOÑA JUANA

Con humildad, sin ese tonillo altanero de que no puedes desprenderte.

CASANDRA, muy afanada.

¡Tono altanero yo! No lo sospechaba. Pero si es altanera mi voz; si en mis ojos y en mi frente ven un orgullo que no existe, yo rebajo voz, acento y todo mi sér para pedir que restauren mi fe, que á su gusto edifiquen este castillo en ruínas.

CEBRIAN

Muy bien.

DOÑA JUANA

Muy bien, repito yo. Se harán las pruebas que acrediten la sinceridad del deseo. Lo primero es que frecuentes los actos religiosos. (Casandra les mira con estupor y como atontada.)

CEBRIAN

Los actos religiosos empezarán por interesar su corazón, acabando por encenderlo y abrasarlo. En ellos, al fin, hallará usted el lenitivo de sus penas.



CASANDRA, asustada.

¿Penas dicen? ¿Me aguardan mayores penas?

DOÑA JUANA

Pobre mujer, alma ciega, ¿no caes en la cuenta de que en esta vida es baldío y ocioso todo lo que no nos prepare para la vida inmortal?

CASANDRA, dudosa al principio, después convencida.

Sí, sí... Nos preparamos cumpliendo fielmente nuestras obligaciones.

DOÑA JUANA

La primera y más sagrada obligación es mirar por nuestra alma. Dime: ¿no crees tú en la Bienaventuranza Eterna, destino y recompensa de los justos?

CASANDRA

Creo, sí, señora.

DOÑA JUANA

¿Y en el Infierno crees, fin y eterno castigo de los malos?

CASANDRA, dudando.

Sí... digo, no. No estoy convencida de que haya Infierno con llamas y diablos, como nos lo pintan. (Doña Juana se santigua.)

CEBRIAN, suspira mirando á doña Juana.

Su vaga doctrina se ajusta al comodín humano de creer en el premio y no en el castigo.

DOÑA JUANA

Loca, ¿no comprendes que así no puede haber moral?

CASANDRA, ingenua.

¿Moral? Yo la tengo, creyendo unas cosas y otras no... (Viendo el efecto que causan sus palabras, se confunde y marea más.)

DOÑA JUANA

No creerás tampoco en el Purgatorio, donde los que no hemos sido del todo malos permaneceremos hasta limpiarnos de nuestras culpas.

CASANDRA

¿Por medio de sufragios y oraciones de los vivos?

DOÑA JUANA

¿No lo crees?

CASANDRA

Sí... lo que usted quiera... Admito que...

DOÑA JUANA

¡Oh! esa duda desdeñosa es peor que la negación.

CEBRIAN

No vale admitir los dogmas con esa tolerancia latitudinaria y escéptica. El estado de su conciencia, señorita, es á todas luces desastroso. (Doña Juana suspira, considerando en silencio la infinita variedad de causas de la perdición de las criaturas.)



CASANDRA

Mi educación, ya lo sabe la señora, fué desdichada.

CEBRIAN

Eso en cierto modo la disculpa... También atenúa su ignorancia el hecho de haber puesto usted toda su atención últimamente en el cuidado de lo que llamaremos su familia. Pero bueno es que sepa usted que la más alta y apremiante atención del sér humano es...

DOÑA JUANA, interrumpiendo, impetuosa.

Salvar el alma.

CEBRIAN

Es decir, hacer cada día y cada momento lo que pueda conducir á la salvación del alma.

CASANDRA, en tono grave, con algún dejo de protesta.

¿Y para salvarme el alma, señora, me ha llamado usted hoy?

DOÑA JUANA, más dura.

Para enseñarte los medios de salvación, loca, ingrata.

CASANDRA

Yo entendí que me llamaba usted para salvarnos la vida á mis hijos y á mí, y para darme ante el mundo la dignidad de que carezco.

CEBRIAN, escandalizado.

¡Demontre! En el lenguaje de usted no podemos ver más que el efecto de un orgullo mal contenido. (Asiente doña Juana con energía.)

CASANDRA

No he venido con orgullo, sino con humildad, movida del deseo de ser grata y sumisa. He pedido á usted que me saque de mis horribles dudas; le he pedido claridad, y me envuelve en mayores tinieblas.

CEBRIAN

Moderación, hija, moderación.

CASANDRA, arrogante.

Y en estas tinieblas que me envuelven, la señora ilustre y el señor de Cebrián me hablan de salvar mi alma, que yo no creo perdida, y su lenguaje tristísimo es como si me cantaran mi funeral de cuerpo presente y viva. (Se levanta.)

CEBRIAN

¡Así juzga las exhortaciones á la piedad!

DOÑA JUANA, alardeando de generosidad cristiana, que es puramente externa y postiza.

Hija mía, quédate en tu orgullo, y déjame á mí en mi modestísimo propósito de ampararte, mal que te pese.

CEBRIAN

¿Oye usted cómo habla la fe?



DOÑA JUANA

La favoreceré, la iluminaré, aunque no quiera, con ruegos, con acciones. Para llegar á su bien pasaré por encima de su ingratitud.

CASANDRA, aturdida y acongojada, da un paso hacia doña Juana.

Señora... no sé lo que dije... Perdóneme usted... Me encuentro en un grado de irritación, que altera mi carácter. La duda, el no saber... Sea usted sincera... dígame... No extrañe que me subleve contra un misterio que... He venido en busca de la solución de mi vida. No quieren dármele. Pregunto una cosa y me contestan otra... Pero si en esta turbación de mi espíritu he dicho, sin quererlo, algo inconveniente, olvídalo, y usted, señor de Cebrián, olvide también...

CEBRIAN

La señora responderá á usted con hechos. La falta de fe la tiene á usted ciega, impidiéndole ver el corazón de doña Juana, anegado en dulce caridad.

DOÑA JUANA, con unción contrahecha, adquirida en el tráfico de cosas santas.

Amo á los desgraciados, y para los culpables tengo toda mi indulgencia. De este amor mío á la desgracia tendrás pruebas palpables. Nada más puedo decirte ahora.

CASANDRA, trémula.

Y con la promesa del amor de usted, ¿puedo retirarme tranquila?

DOÑA JUANA, lúgubremente.

No sé qué clase de tranquilidad es la que deseas. Si es la que nace de la conformidad con la voluntad de Dios, retírate sin cuidado.

CASANDRA, mirándola, sin atreverse á salvar la distancia breve que de ella la separa.

Señora... tenga usted compasión de mí.

CEBRIAN, suave, sigiloso.

Retírese, sosiegue su espíritu, y prepárelo para las saludables enseñanzas... Haga el mayor acopio posible de los tesoros de la humildad, de la anulación...

DOÑA JUANA, acabando su plegaria.

Escoge los caminos que gustes. En los caminos buenos y en los malos me encontrarás: en los buenos para ir en tu compañía, en los malos para sacarte de ellos. ¿Quieres salvarte? (Pausa.) ¿Quieres salvarte?

CASANDRA siente el misterioso terror del exorcismo sacerdotal. Enorme peso gravita sobre su corazón y aplana su voluntad.

Sí.

CEBRIAN

Más alto. Oigamos clara la voz penitente.

CASANDRA habla como máquina bajo la influencia de la rigidez hierática de doña Juana y de la entonada dicción de Cebrián.

Quiero salvarme.



DOÑA JUANA, con énfasis pontifical.

Bendita seas si te abrazas á la Cruz... Dete Dios la gracia que ha de salvarte. (Doña Juana alarga á Casandra su mano para que se la bese. Lentamente se acerca Casandra, se inclina y besa la mano.)

CEBRIÁN, en voz queda.

La fe mueve los montes y el amor hace santas á las pecadoras. (Acércase y la acompaña hasta la puerta.)

CASANDRA, para sí, en la puerta, volviendo de su estupor.

Dios... amor... fe, ¿dónde estáis?... Y me voy sin saber qué será de mí. (Mirando al cielo.) Cielo, Dios, Amor, decídmelo. (Sale. Cebrián cierra la puerta suavemente, y con paso blando vuelve junto al ídolo.)

## ESCENA VI

Jardín... Calle.

CASANDRA, LAS NIÑAS DE NEBRIJA, DON VENTURA

En la alameda curva pasean Amelia y Casilda con su señor padre, que acaba de llegar. Es hombre más avejentado que viejo, de rostro tumefacto con vetas rojizas; bigote de moco, húmedo, pegajoso y amarillo; la mirada escondida tras azules gafas. Sus ojos destilan; sus narices lloran, y en su boca, las toses, el carraspeo y el silbo bronquial se confunden en horrible desconcierto con su palabra ronca. Friolento hasta lo álgido, lleva gabán de pieles hasta el 45 de Mayo, con capa encima y bufanda de añadidura. Su compleja y desdichada historia nos le

presenta como náufrago de la política y de los negocios, con tan mala suerte en las conspiraciones y en los agios, que más de una vez cárcel y ruina fueron el término de sus alocadas empresas. Dando tumbos fué á caer con su displicencia y sus catarros bajo la mano piadosa de su prima doña Juana, que le recompensó con largueza la abjuración de sus errores, y le metió en cadenas de religión para tenerle bien trincado. Titulábase, para disimular su parasitismo, corredor de comercio; mas casi nada trabajaba, y sólo parecía corredor de constipados, porque los traía y los llevaba de una parte á otra, colocándolos, leves ó graves, en las personas de sus amigos y clientes.

A poco de juntarse aquella tarde con sus hijas, pasó Casandra en dirección de la verja. Iba la guapa moza tan melida en sí, que apenas paró mientes en las tres figuras melancólicas. Las niñas sí que la vieron, y se pararon para contemplarla á su gusto.

AMELIA, con admiración triste.

Papá, mira: es Casandra.

NEBRIJA

Ya la he visto... No miréis tanto al pecado que pasa.

CASILDA

¿Por qué no la miras tú, papá?

NEBRIJA

Porque me escandalizo... Me da frío, y en seguida viene el golpe de tos. Como le digáis á vuestro confesor que habéis mirado á la diosa... ni Dios os libra de una buena peluca.

CASILDA

No es pecado admirar la belleza.



NEBRIJA, echando babas.

Más bonitas sois vosotras, aunque os llamen palitos vestidos de negro; vosotras, las encanijadas más graciosas que hay en Madrid. A nadie tenéis que envidiar. Tú, Casilda, con anzuelo sin carne has pescado á un marido millonario, y para tí, Amelia, no ha de faltar un buen hueso que arrimar á los tuyos... Dios colme de gloria á mi prima, y cuando al Cielo suba la santa, lléveme consigo, para que desde el abrigo de la Eternidad os vea yo felices... y engordando... Vamos adentro, que ya terminó la visita. (En el pórtico, arreándolas por delante.) Entrad, entrad, ganado mal comido, que este beaterio es vuestro pesebre. ¡Ah, si yo tuviera vuestros años, quién me tosería!... (Tose... Entran.)

### ESCENA VII

Despacho en la casa de los Marqueses del Castañar.

DON ALFONSO, INSÚA.—CLEMENTINA

ALFONSO, recibéndole cariñoso.

¡Cuánto gusto en verle, amigo Insúa!

INSÚA

No pude venir esta tarde. ¿Es ésta buena hora?

ALFONSO

La mejor. No salimos.

CLEMENTINA, entrando presurosa.

Le sentí entrar, señor de Insúa, y aquí me vengo. (Saludos cordiales.)

INSÚA

¿Tienen ustedes mucha gente en casa?

CLEMENTINA

La tertulia de siempre. María Navalcarazo, que viene todas las noches... la de Armada y sus niñas, y algún otro amigo tresillista.

ALFONSO

Luego vendrá quizás Zenón Guillarte.

INSÚA

Es que... Hablaré á ustedes de asuntos reservadosísimos, en extremo delicados, que han de quedar, por ahora, entre nosotros.

CLEMENTINA

Descuide usted. Seremos la misma discreción. (Cierra la puerta.)

ALFONSO

¡Vaya, vaya, que se ha portado doña Juana con usted! (Se sientan los tres.)

INSÚA, suspirando fuerte.

Cosas de la vida, que no por inesperadas, no por injustas, dejan de ser dolorosas.

CLEMENTINA

¡Pagar así treinta años de leales servicios!

INSÚA

De la honradez y lealtad de mis servicios no debo hablar yo... Mi rectitud está de tal